



Hacia
el arte de
escribir

Por Floyd Woodworth W.

Hacia
el arte de
escribir

Hacia el arte de escribir
de escribir

Por Floyd Woodworth W.

Hacia el arte de escribir por Floyd Woodworth W.

“La palabra hablada en el aire se talla; la palabra escrita en la piedra se graba”.

Categoría: Periodismo

Primera impresión en español en 1987

Segunda impresión, 1989

Tercera Impresión, 2008

Hacia el arte de escribir

RDM: 5017-00S1

ISBN 978-1-931984-52-2

Reservados todas los derechos

Diseño por Adam Weatherly

© RDM 2008

1722 S. Glenstone W 163

Springfield, MO 65804



RDM

1722 S. Glenstone W 163

Springfield, MO 65804, EE.UU.

Tel: (417) 881.4698

Fax: (417) 881.1037

Correo electrónico: RDMLit@rdmlit.org

Página web: www.RDMLit.org

Índice

1. La redacción y el reino de Dios	5
2. Decisiones preliminares	11
3. El manuscrito	17
4. El trabajo de investigación	21
5. La organización de las ideas	25
6. La redacción del cuerpo	29
7. La conclusión	33
8. Hacia un estilo dinámico	35
9. La introducción	41
10. El párrafo.....	47
11. La oración gramatical	53
12. Más esfuerzos para vivificar el estilo	59
13. El título	65
14. ¿Y si no comprende el lector?.....	69
15. La originalidad	77
16. El enlace de ideas	81
17. ¿Cuán larga será la conclusión?	85
Bibliografía	86

La redacción y el reino de Dios

Para los hijos de nuestra generación, la esfinge del desierto y las pirámides están mudas... Aquellas inmensas ruinas están desprovistas de expresión. En cambio, a los griegos los sentimos muy próximos... La diferencia está en las palabras. Los griegos siguen vivos para nosotros porque nos dejaron sus palabras.

Arturo Uslar Pietri

¿Será posible que los evangélicos tengamos la tendencia de darle más importancia a la comunicación verbal del evangelio que a su comunicación escrita? En nuestros institutos bíblicos y programas de adiestramiento de obreros, mucho hacemos para ayudar al estudiante a desarrollar su talento como predicador. ¿Acaso es una actividad más importante que la otra?

Los escritos de los reformadores constituyeron uno de los factores decisivos en la extensión fenomenal del movimiento de la Reforma. También podemos analizar la historia de otros movimientos que han conmovido a las masas. Nos deja estupefactos la evidencia de que su literatura los ayudó a avanzar contra obstáculos formidables. Sus escritos sirvieron para presentar al mundo sus ideas,

pero también ayudaron a unir a los adeptos e hicieron mucho para consolidar sus triunfos.

Si tanta gente leía ávidamente en los tiempos de la Reforma, ¿cuánta más no lee en la época actual? Para que siga adelante con ímpetu la causa del Señor, tendremos que considerar con mayor seriedad el potencial ilimitado de la palabra impresa.

No es sólo cuestión de escribir lo que Dios quiere revelar al hombre, sino que también hay que motivar al lector. Dios le mandó a Habacuc escribir la visión. Pero ¿cómo había que escribirla? De tal manera que el lector se motivara para ponerse en acción. “Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere...” Habacuc 2:2. El Eterno sigue con el mismo interés en que se comunique su voluntad a la raza humana. Nos comisiona, como Habacuc, a que escribamos de tal modo que el ser humano se interese en leer su Palabra y que se sienta impulsado por lo que lee.

El ministerio de la redacción no es fácil. Se necesitan una visión clara y una disciplina férrea. El escritor, cansado y desanimado, tiene que mirar hacia el futuro para ver cuán grande impacto puede tener su trabajo. Tiene que ser paciente, revisando y puliendo sus frases repetidas veces. Necesita la capacidad de aceptar la crítica y saberla aprovechar, sin importarle si se le ofrece con fines negativos o constructivos. Es un trabajo escabroso y solitario, pero los resultados perduran.

Debido a que la redacción, como cualquier arte, se perfecciona a base de mucha práctica, hay que escribir mucho, hacer muchos ejercicios. No hay otra forma. No se puede explicar a una persona cómo tocar el piano y luego decirle que se siente a tocar un concierto de Beethoven sin que pase horas interminables practicando y ensayando. De la misma

manera ningún futbolista nace estrella. Se hace entrenando. Pone atención a muchos detalles. Vuelve una y mil veces a ejecutar las mismas maniobras.

En el reino de Dios no podemos darnos el lujo de decidir si vamos a escribir o no. Este mundo moderno exige a todos una buena capacidad de expresión escrita. Todas tenemos que escribir con frecuencia. Hay que preparar informes para sesiones de negocios. La prensa local acepta publicar noticias de una iglesia si están bien escritas. Hay que redactar documentos para presentar peticiones a funcionarios del gobierno. La necesidad de escribir cartas es abrumadora.

Los predicadores y profesores pueden tener un ministerio más eficaz si se adiestran en la redacción. Puesto que uno no puede escribir con la misma velocidad con que habla, un predicador que nunca escribe corre el riesgo de perder ideas y comparaciones. Pero cuando la mente se ve con la obligación de hilar los pensamientos con más calma mientras uno escribe, puede establecerse la comunicación con mayor claridad.

Vale la pena que todos se familiaricen con los principios de la redacción dinámica, que se esfuercen en el análisis de los escritos de otros para ver sus puntos débiles y fuertes, porque así se dan cuenta de lo que constituye un estilo ameno y brillante. Lógicamente, al conocer algunas características del buen estilo, las incorporarán en sus propias comunicaciones.

¡Qué urgencia tenemos, pues, de estudiar la redacción! Debido a la escasez de tratados sobre el tema, se prepararon los presentes apuntes. No se pretende considerar los diferentes géneros de la redacción. Más bien se enfocará sobre el ensayo, un género que se utiliza continuamente en el trabajo del reino

de Dios. El ensayo tiene como propósito la explicación de algún tema, y casi siempre revela al lector las actitudes personales del autor con relación al tema. Los principios que se siguen en la preparación de un ensayo tienen vigencia en otros géneros literarios y aun en otras formas de comunicación.

La vida no es fácil, ni tampoco lo es comunicarse por escrito. El escritor puede tener mucha influencia, pero tiene que pagar el precio. Tan pobre era Cervantes cuando escribió su obra inmortal **Don Quijote** que no tenía dónde vivir y tuvo que refugiarse en un prostíbulo. Había estado preso por cinco años y medio. Era manco. Escribía en un descansillo de escalera, donde los marineros borrachos, clientes del lugar, caminaban sobre los papeles del genio, dando puntapiés al tintero y pisoteando la pluma. Miguel de Cervantes Saavedra escribía no por el ánimo que le daban, sino a pesar del trato ignominioso. No obstante, terminó el manuscrito.

Uno mayor que Cervantes está con nosotros. Ha manifestado su interés en la palabra escrita. ¿Qué más necesitamos?

Bosquejo del capítulo

La redacción y el reino de Dios

1. El papel decisivo de la palabra escrita en la historia
2. La necesidad de motivar
3. La necesidad de tener paciencia
4. La necesidad que todos tienen de saber escribir

De la teoría a la práctica

1. Cinco de los diez latinoamericanos que han obtenido el premio Nobel fueron reconocidos por haberse destacado como escritores. ¿Cuáles de ellos puede usted nombrar?

2. Haga una lista de varios ensayistas importantes de su país.
3. ¿Cuáles ensayistas evangélicos hispanoamericanos tienen un ministerio de renombre?
4. ¿Cuáles ensayos le han motivado a reflexionar en los últimos tres meses?
5. Analice un ensayo cualquiera en cuanto a claridad y en cuanto a la capacidad del autor para hacer reflexionar al lector.

Decisiones preliminares

El que quiere construir una casa no comienza haciendo el techo. Tampoco clava tablas al azar. Antes de tomar las herramientas en la mano, el constructor tiene que tomar algunas decisiones básicas en cuanto a lo que se propone hacer. Hay que establecer cuáles fines ha de tener la estructura, dónde se va a hacer y cuál será el estilo arquitectónico.

El escritor que se propone hacer algo que valga la pena debe tomar algunas decisiones preliminares antes de comenzar su obra. Necesita fijar de antemano lo siguiente: 1) el tema, 2) para quiénes escribe y 3) el propósito de la obra. El orden en que toman estas decisiones carece de importancia. Lo que importa es que las tome y que las entienda perfectamente bien.

1. **El tema.** Parecería cosa de niños decirle a un escritor que seleccione el tema antes de comenzar a escribir. Pero muchos no lo hacen. La tendencia es comenzar a escribir lo que sea. Pero el lector se confunde y deja de leer al no percibir claramente un asunto.

El tema escogido debe ser algo específico. En el caso de la redacción de un ensayo, no se puede desarrollar un tema general, porque así habría que escribir un libro para poder tratar cada punto con justicia. No se podrá, por ejemplo, desarrollar un buen ensayo sobre el tema de la oración porque es demasiado extenso.

Hay que limitar la consideración a una sola fase de la oración, tal como la necesidad de orar, o las diferentes clases de oración.

Se podrá captar más fácilmente el interés del lector si se escoge un asunto acerca del cual se sostienen varias opiniones. Lo que se presta para discutir despierta la atención. Si es posible elegir un tema debatible, la oportunidad de interesar al lector será mayor.

2. **El lector.** Para lograr eficacia, el ensayista tiene que dirigirse a una clase bien definida de lectores. No basta decir que el artículo se dirige a los inconversos. Hay que enfocar la clase de inconversos que se pretende alcanzar. ¿Serán personas con preparación universitaria o personas con un bajo nivel de escolaridad? ¿Serán jóvenes o ancianos? Nadie puede alcanzar a todos los lectores con un solo método de presentación, con un solo estilo y con el mismo vocabulario. Ni siquiera el Espíritu Santo inspiró a un solo escritor para enseñar a toda clase de lector acerca de la vida de Cristo. Tenemos cuatro Evangelios que fueron dirigidos a cuatro diferentes grupos de lectores.

El autor necesita conocer bien a los lectores que ha escogido. Si escribe para una revista determinada, debe tener en cuenta quiénes y cómo son los lectores de esa revista. Si prepara un tratado con fines evangelísticos, de todas maneras hay que dirigirlo hacia un grupo específico de personas. Si lo que escribe es un libro, el autor debe saber cuáles son las preferencias, los problemas y las aspiraciones de las personas que han de leer el libro.

El autor debe conocer las condiciones en que vive el lector. Tiene que haber escuchado muchas veces lo que dice, saber lo que piensa. ¿Cuáles son sus quejas, sus aspiraciones?

3. **El propósito.** La vida es demasiado corta para perder tiempo escribiendo sin saber por qué. Si uno escribe, es para

suplir alguna necesidad del lector. Muchos principiantes no tienen un concepto claro de la meta a la cual desean conducir a sus lectores. Pero al fijar ciertos objetivos, uno tendrá mayor posibilidad de hacer un impacto en el lector.

El que escribe para servir a Dios no tomará estas tres decisiones por su propia cuenta, sino que buscará la dirección del Espíritu Santo. Presentar por escrito el mensaje de Dios es una gran responsabilidad, y sólo se puede desempeñar siguiendo las indicaciones del Eterno.

Es recomendable que uno se tome la molestia de escribir en una hoja de papel las tres decisiones que ha tomado: el tema, quiénes han de ser los lectores y el propósito que tiene para la obra. El expresar por escrito estas decisiones sirve para aclararlas y evita que uno divague por lugares que no tienen relación con la obra. Así el lector podrá captar mejor el mensaje.

Bosquejo del capítulo

Decisiones preliminares

1. Decidir sobre qué va a escribir
 - 1.1 Evitar nebulosidad
 - 1.2 Redactar el tema en forma específica
 - 1.3 Buscar algo discutible
2. Decidir a quiénes se va a dirigir
 - 2.1 Ser específico en la identificación del lector
 - 2.2 Familiarizarse con el lector
3. Decidir con qué fin va a escribir

De la teoría a la práctica

¿Conoce bien a sus vecinos? Llene los espacios en blanco para hacer un perfil de ellos.

1. Vivienda
 - 1.1 ¿Cuántas viviendas hay en una cuadra?
 - 1.2 ¿Cuántos núcleos familiares ocupan las viviendas?
 - 1.3 ¿Qué porcentaje son dueños de su vivienda?
 - 1.4 ¿Cuántos matrimonios en la cuadra viven en armonía?
2. Trabajo
 - 2.1 ¿Qué porcentaje de los jefes de familia tienen trabajo fijo?
 - 2.2 ¿Cuántas familias no tienen ningún miembro con un empleo fijo?
3. Escuela
 - 3.1 ¿Cuántos niños de la cuadra asisten a la escuela primaria?
 - 3.2 ¿Cuántos niños asisten a la escuela secundaria?
 - 3.3 ¿Cuántos estudiantes universitarios viven en la cuadra?
 - 3.4 ¿Cuántos niños de 8 a 14 años no asisten a la escuela?
4. Preocupaciones
 - 4.1 ¿Qué es lo que más preocupa a las mujeres de la cuadra?
 - 4.2 ¿a los hombres?
 - 4.3 ¿a los jóvenes?
 - 4.4 ¿a los adolescentes?
 - 4.5 ¿a los niños?
 - 4.6 ¿Cuál tema nunca le preocupa a la gente?
5. ¿Cuál es el tema más popular en la actualidad?
 - 5.1 ¿de los hombres?
 - 5.2 ¿de las mujeres?
 - 5.3 ¿de los jóvenes?
 - 5.4 ¿de los adolescentes?
 - 5.5 ¿de los niños?

6. ¿Qué porcentaje de la gente sufre de complejo de culpabilidad?
7. Según lo que piensa la gente, ¿quién es cristiano?
8. Según la idea popular, ¿quién es más poderoso: Dios el Padre, Cristo el Hijo o María?
9. Según la mayoría de los adultos, ¿quién es más accesible: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo o María?
10. ¿Qué es lo que más hace la gente de la cuadra para divertirse?

El manuscrito

¿Por qué le da tanta atención la vendedora del mercado a la forma en que coloca las frutas? Se siente feliz por el trabajo que hace y siente satisfacción con una exhibición atractiva de lo que espera vender. Sabe que la manera de presentar las frutas puede ser un factor decisivo para conseguir clientes.

De igual manera el escritor ha de prestar suma atención a la forma en que presenta el producto de su pluma. No es cuestión de pintar algunas flores en la cubierta del manuscrito, sino de procurar que cada página tenga una presentación nítida y atractiva.

El vocablo “manuscrito” significaba “libro o papel escrito a mano” antes de la invención de la máquina de escribir. Sigue significando lo mismo, pero ahora puede referirse también al original de un libro, sea que se haya escrito a mano o a máquina. Es lo que se entrega al editor para que se publique.

Ciertas normas universales rigen en la preparación de un manuscrito, y el escritor que no las toma en cuenta, sea por ignorancia o por capricho, corre el riesgo de sufrir las consecuencias.

1. **El tamaño del papel.** Se debe usar papel tamaño carta. Si por cualquier razón el escritor prefiere otro tamaño de papel, pueden surgir problemas técnicos para el editor.

2. **Una sola cara.** Para economizar en el costo del papel y el

flete de correo, algunos acostumbran escribir en ambos lados, pero no se debe hacer, ya que eso complica el proceso de impresión. Los revisores, los correctores de pruebas, los diagramadores y los tipógrafos pierden tiempo volteando las hojas escritas en ambas caras. A veces colocan las hojas en algún aparato de tal forma que no se pueden voltear.

3. Los márgenes. Es absolutamente necesario que se mantengan amplios márgenes de un mínimo de tres centímetros en ambos lados del papel al igual que en los espacios superiores e inferiores. Los márgenes adquieren una importancia estética al dar una apariencia agradable a la hoja. Pero también los que procesan el manuscrito para su impresión necesitan espacio en que puedan hacer notaciones.

4. Espacios entre renglones. Universalmente se supone que el escritor escribirá el texto a doble espacio. Si se escribe a espacio sencillo, se dificulta el trabajo de revisión y corrección. No se le ocurra a nadie probar la paciencia del revisor con espacios sencillos entre los renglones.

Otra razón para observar esta norma escrupulosamente es que resulta más fácil para los tipógrafos componer el tipo del texto cuando el manuscrito está a doble espacio. Cuando no separa los renglones el espacio suficiente, el tipógrafo tiene el problema de que la vista salta de un renglón a otro, con el resultado tan grave de perder el hilo del texto.

5. La sangría. Hay que sangrar el primer renglón de cada párrafo *sin excepción*. Se corre la primera palabra cinco espacios hacia la derecha. Es una ayuda para el tipógrafo, así como para el lector, tener esta indicación de que comienza un nuevo párrafo.

6. La numeración de páginas. Se deben numerar de manera consecutiva de principio a fin las páginas del manuscrito. Un

manuscrito de varias hojas no numeradas que está encima del escritorio de un jefe de redacción resultará en un caos si se cambian algunas hojas.

7. **Guardar una copia.** En este siglo veintiuno de vez en cuando se extravía o se traspapela en el correo lo mismo que en el despacho del editor una que otra misiva. Pero el autor que guarda copia de su manuscrito no pierde el fruto de tanto trabajo aunque el original se pierda en el envío.

La observación de estas normas no exige tanta inteligencia, sino cuidado. Son de suma importancia para el escritor y para el estudiante que presenta algún trabajo por escrito a un profesor. Las normas expuestas aquí no tienen que ver con la creatividad sino con la preparación mecánica, pero muchas veces influyen grandemente en el éxito de un manuscrito.

Bosquejo del capítulo

Cómo presentar lo que uno ha escrito

1. El significado de la palabra “manuscrito”
2. Características de una buena preparación
 - 2.1 Que la hoja de papel mida 21,5 x 28 centímetros
 - 2.2 Que el dorso de la hoja esté en blanco
 - 2.3 Que los márgenes tengan un ancho de tres centímetros
 - 2.4 Que haya dos espacios entre los renglones
 - 2.5 Sangrar después de un punto y aparte
 - 2.6 Numerar consecutivamente las hojas

De la teoría a la práctica

Observar escrupulosamente estas reglas para preparar cualquier manuscrito o tarea.

El trabajo de investigación

Al escoger los tres elementos básicos para el ensayo, ¿cómo podemos proceder? El escritor sin disciplina simplemente comienza a escribir, pero el que procura dar al lector algo mejor se pondrá a investigar todo lo que puede acerca del tema.

Se han de dar cuatro pasos en la investigación del tema escogido: 1) hacer un inventario mental de todo lo que el autor sabe del tema; 2) hacerse preguntas sobre el asunto; 3) buscar las relaciones entre las ideas del tema; 4) utilizar todos los medios posibles para encontrar más información sobre el tema.

Consideremos cada uno de estos pasos.

1. **Hacer un inventario mental.** Este paso les parecerá superfluo a muchos, pero al hacer la prueba, uno se sorprenderá cómo se facilita el resto del trabajo de confeccionar el ensayo. No es pérdida de tiempo escribir brevemente en una hoja de papel todos los puntos principales que ya sabe acerca del tema. Se hace un recuento mental de lo que uno ha experimentado con relación al tema, un repaso de lo que ha estudiado al respecto.

2. **Hacerse preguntas sobre el asunto.** Esto es de vital importancia; sin embargo, muchos lo pasan por alto. Nacemos con el instinto de desear saber más acerca de lo que experimentamos. Pero a medida que crecemos, nos damos cuenta de que la mayoría

de los adultos desafortunadamente no quieren molestarse en contestar nuestros interrogantes y, como resultado, comienza a atrofiarse este instinto. Pero un buen escritor les aplica unguento a las heridas hasta que se revitalice ese deseo de preguntar.

¿Qué significan todos los términos del tema que se ha escogido? ¿Cuál es el origen del asunto? ¿Dónde comenzó y dónde terminará? ¿Qué importancia tiene el tema para el lector? ¿Cómo le afectará al lector el tema? ¿Qué opinará el lector del asunto? Estas y mil otras preguntas se han de formular en el fuero interior del escritor.

Luego surge el interrogante poderoso: ¿Por qué? ¿Por qué creo en la verdad del tema? ¿Por qué debe interesarse el lector en él? ¿Por qué no todos han aplicado la verdad de este tema a su vida?

3. Buscar las relaciones entre las ideas. Después del bombardeo del tema con preguntas, hay que buscar las relaciones entre las distintas partes del tema. ¿Cuál de las ideas es la principal en importancia? ¿Cuáles son causas? ¿Cuáles son efectos? ¿Qué relación tiene este tema con otros parecidos?

El escritor va a escudriñar seriamente la relación entre lo que él opina y lo que otros piensan del asunto. La persona que mantiene su propia opinión sin hacer un esfuerzo por ver el punto de vista de otros no podrá tratar con madurez el tema que ha escogido.

4. Encontrar más información sobre el tema. El cuarto paso investigador que se toma antes de comenzar a redactar el ensayo es tan importante como los tres anteriores. Se buscan todos los datos posibles. Seguramente no se podrá incluir toda la información conseguida en este paso, pero cuanto más

se sabe del tema, tanto mejor se podrá seleccionar lo que ha de incluirse en la obra. Si se va a escribir sobre la historia de una denominación de un país, habrá que averiguar dónde se pueden obtener datos sobre los acontecimientos notables, las estadísticas oficiales y las anécdotas que harán que el ensayo sea fiel a la verdad y a la vez inspirador. Para encontrar estas piedras preciosas hay que tomar una pala y ponerse a cavar. ¿Qué registros se pueden conseguir? ¿Dónde están? ¿Quiénes conocían a los protagonistas de la historia?

Se puede investigar mucho en las bibliotecas. Dondequiera que el autor halle libros, revistas, periódicos, informes, boletines y cartas, podrá sacar tesoros a fin de enriquecer el ensayo.

Se necesita mucha paciencia para realizar cada uno de los cuatro pasos de investigación. Es algo trabajoso. No se experimentan emociones gratas mientras se trabaja en averiguaciones; pero, al hacerlo, el escritor se satura del tema, y en el momento de escribir, todo sale mejor.

Bosquejo del capítulo

Actividades preliminares necesarias

1. El inventario
2. El interrogatorio sobre el tema
 - 2.1 El instinto de preguntar
 - 2.2 Las preguntas sobre el “qué”
 - 2.3 Las preguntas el “por qué”
3. Las relaciones entre las ideas
 - 3.1 Entre las divisiones
 - 3.2 Entre las divisiones y el tema
 - 3.3 Entre las opiniones del autor y las de otras personas
4. El descubrimiento de más información

4.1 Investigaciones personales

4.2 Investigaciones en documentos y libros

De la teoría a la práctica

Siga paso por paso las sugerencias que se presentan en este capítulo para preparar un ensayo.

La organización de las ideas

El método de trabajo que se sugiere en el capítulo anterior para la investigación es de naturaleza inductiva. Uno va preguntándose mentalmente acerca de detalles sin preocuparse en lo absoluto por una estructuración convencional de las ideas, ni por el orden en que se han de considerar. Va buscando relaciones entre un punto y otro. Procura ver lo que tienen que ver las ideas consideradas con la vida que llevamos.

Pero llega el momento en la preparación de un ensayo en que hay que seguir otro método de trabajo. Hay que organizar las ideas con el fin de trazar una presentación lógica que se encamine hacia la meta del ensayo. A este método se le puede llamar “sintético”.

La primera fase en el proceso sintético es la de redactar la proposición. ¿Qué posición va a tomar el que redacta el ensayo? ¿Estará de acuerdo con el tema? ¿Qué fin persigue en su presentación? Las respuestas a estas preguntas determinarán una declaración que viene a ser la esencia de todo el ensayo. A esta declaración se le llama “proposición”.

La proposición expresa el tema, las actitudes del autor con respecto al tema y el propósito del ensayo, elementos que se redactan en una sola oración concisa y clara. Aun el que va a escribir un libro debe formular una proposición para todo el

libro, asegurando así que la obra tenga unidad y fuerza. Lo mismo se puede decir de un sermón que se va a predicar. Invirtiendo la idea, diremos que la totalidad de cualquier libro se debe poder reducir a la esencia de una proposición compuesta de una sola oración gramatical. La proposición regirá toda esta etapa de la organización del ensayo. Decidirá cuáles ideas se han de incluir y cuáles se han de omitir.

A veces se descubre a estas alturas que la proposición redactada no se ajusta completamente a la idea original que se había seleccionado para el tema del ensayo cuando apenas comenzaba. En el proceso de la investigación sobre esta primera idea, el autor empezó a ver algunas fases del tema en las cuales no había pensado antes. Tal vez no las entendía. Pero al verlas más claramente, se ve obligado a hacer una nueva evaluación de todo el asunto. Sucede algunas veces que nos damos cuenta de que hay que hacer algunos ajustes a nuestras propias opiniones. Nuestra conciencia no nos permite seguir aferrados a ideas antiguas al ver que tienen deficiencias. Sobre todas las cosas anhelamos alcanzar la pura verdad, aun a costa de acariciadas creencias personales, o de tradiciones que antes no analizábamos con objetividad.

Al vencer el primer obstáculo en la organización de las ideas, nos vemos ante el segundo: seleccionar las divisiones principales de la proposición. ¿Qué se puede hacer para facilitar este proceso? Se hace una lista de las ideas más importantes que se le han ocurrido a uno a medida que ha ido trabajando en la investigación sobre el tema, especialmente las ideas de importancia para el lector. Luego hay que revisar la lista para ver cuáles de esas ideas tienen algún pensamiento en común, cuáles se pueden clasificar en una sola categoría. Cada conjunto de ideas formará una división principal de la proposición del ensayo. Por

lo tanto, a cada división se le debe poner un título que exprese el tema general de todas las ideas incluidas en ella.

Con el fin de determinar el orden en que se ha de presentar cada conjunto de ideas, hay que hacer un análisis de cada uno basado en estas dos preguntas: 1)¿Cuál será la idea con que el lector esté más familiarizado? y 2)¿Cuál es la meta del ensayo? La división que más entienda el lector debe ser la que primero se trate en el cuerpo del ensayo. La que más se aproxime a la meta debe ser la última división. Las otras divisiones se van arreglando para formar una sucesión lógica entre la primera y la última de las divisiones. Se procura despertar en el lector los sentimientos y preocupaciones del tema en escala ascendente hasta llegar a un clímax al final del ensayo.

Esta gradación es una buena manera de mantener el interés del lector. No podemos perder de vista que el lector moderno está muy ocupado. Nos debe preocupar la competencia por su interés. El pondrá a un lado lo que hemos escrito si no cautiva su interés; y si se pierde al lector, se pierde el trabajo.

Todavía no es el momento de pensar en la introducción ni en la conclusión del ensayo. Aunque componen partes vitales del ensayo, casi siempre se encuentra más inspiración para redactarlas después de escribir y revisar el cuerpo del ensayo.

Parecería que ya está todo listo para empezar a escribir; pero aun falta algo crítico y difícil: la revisión de las divisiones que hemos elaborado. Nos preguntamos si cada división será útil e interesante para el lector. Observamos si las divisiones progresan lógicamente hacia el objetivo final del ensayo. Nos cercioramos de que haya un incremento progresivo del interés del lector con cada división.

Al realizar esta revisión nos podemos sentir satisfechos.

Ahora sí podemos comenzar la tarea de redactar el ensayo.

Bosquejo del capítulo

La organización de las ideas

1. Un trabajo sintético
2. La redacción de la proposición
3. La agrupación de ideas afines
4. El ordenamiento de los grupos de ideas
 - 4.1 La primera división, la más familiar para el lector
 - 4.2 La última división, la que más se aproxima a la meta
 - 4.3 Las divisiones de transición lógica
5. La revisión del trabajo de estructuración

De la teoría a la práctica

Organice la proposición y las divisiones principales de un tema general que le podría servir para un ensayo que usted ha de escribir más adelante. En la primera hoja de su trabajo debe escribir tres cosas en el encabezamiento: 1) las tres decisiones preliminares para el ensayo, 2) la proposición y 3) las divisiones principales en el orden en que desea tratarlas en el ensayo. Hay que pasarlo en limpio a doble espacio.

La redacción del cuerpo

Capítulo 6

Pronto se esfuma la inspiración que se siente al seleccionar el tema que se va a desarrollar. ¡Pero es mucho lo que falta todavía! Adelante esperan la transpiración y la angustia. La redacción es una labor difícil desde que se comienza hasta que se termina.

En muchas ocasiones lo más difícil de todo es comenzar a desarrollar el primer punto. Precisamente por eso tantas personas nunca llegan a escribir lo que desean. El escritor decidido no puede depender de la inspiración para empuñar la pluma. Tiene que empezar a escribir lo que sea. Al lector le hace falta saber lo que el escritor puede comunicarle.

La lista de divisiones que se arregló al organizar las ideas servirá de guía a través de todo el proceso de la redacción del ensayo. Si llega una inspiración nueva para cambiar algo, uno no tiene ninguna obligación de estar bajo la tiranía de los puntos ya estructurados. Después de todo, son nada más para guiar. Tal vez convendrá dar lugar a la nueva inspiración, siempre que se relacione con el tema y que conduzca al lector hacia la meta fijada.

Este no es el momento de preocuparse por la introducción. Lo que importa ahora es comenzar el desarrollo del cuerpo. El que se acostumbra a emprender la redacción del primer punto del cuerpo, encontrará que eso facilita la redacción de la introducción más tarde.

La elegancia de las frases tampoco es problema de magnitud en este momento. Es cuestión de comenzar, de poner algo en el papel. Más tarde, al revisar, se pulirán esas frases. Es como comenzar a predicar un sermón. Al llegar el momento, hay que darle principio, no importa cómo se sienta el predicador. La gran ventaja del escritor sobre el predicador es que puede hacer cuantas revisiones estime necesarias para pulir su trabajo. El orador público, en cambio, tiene que dejar todo como haya salido.

Al terminar el primer punto, se pone un punto y aparte, y se continúa con el segundo tema. Cada idea nueva necesitará un párrafo nuevo. Para indicar que se va a tratar un punto diferente, se debe sangrar la primera oración, o sea, empezar la primera frase del párrafo cinco espacios más a la derecha. Más adelante trataremos sobre la estructuración del párrafo.

La Revisión

Después de redactar el cuerpo del ensayo, hay que poner el trabajo a un lado y no mirarlo por algún tiempo. El ganador del Premio Nobel Gabriel García Márquez, novelista colombiano, dice que guarda sus manuscritos “en un cajón del escritorio para que duerman por un año”. Afirma que es la única manera de alejarse de su propia creación para poder leer su manuscrito y criticarlo como si no fuera el autor.

Un amigo me dijo hace años que su padre es uno de esos que se sientan y escriben sin necesidad de hacer ni un borrador. En mi fuero interior le grité: “¡O mientes o tu padre no sabe escribir!”

Gran parte de la labor de escribir consiste en tachar lo escrito, en revisar, en cambiar. Dice un escritor que puede medir el progreso realizado durante el día al fijarse hasta qué punto se llenó la cesta de basura. Juan Ramón Jiménez pasaba todas sus

poesías por un mínimo de doce revisiones antes de permitir que se publicaran.

El escritor que deja a un lado un manuscrito para que “duerma” sabe que el paso del tiempo nos distancia de nuestra creación con el resultado de que puede ver lo que ha escrito, ya no con los ojos del progenitor indulgente sino con los de un crítico despiadado. Muy en contra de la voluntad, hay que darse cuenta de los defectos. Hay que estructurar de nuevo algunas frases. Hay que incorporar las ideas nuevas que se han acumulado en el subconsciente.

Lo que escribimos debe agradar al oído. Vale la pena leer el texto en voz alta para revisarlo con más objetividad. Así nos daremos cuenta de que se necesitan algunos cambios para embellecerlo. Muchas veces el oído nos sirve de ayuda incalculable para notar la falta de fluidez.

Esta etapa del trabajo produce el mismo entusiasmo que tendríamos si nos pusieran a contar los granos que hay en un kilogramo de arroz. Exige una disciplina férrea. Es posible que a veces no sintamos “el poder” para perseverar, pero a nuestro lado está la Palabra de Dios para ayudarnos.

Bosquejo del capítulo

Cómo escribir la parte principal del ensayo

1. La necesidad de comenzar
2. El primer borrador
 - 2.1 Seguir la lista de los puntos principales
 - 2.2 Dejar la introducción para más tarde
 - 2.3 No intentar la perfección en este borrador
 - 2.4 Poner punto y aparte al terminar el desarrollo de un punto

3. La revisión

3.1 Dejar que se enfríe el borrador

3.2 Tachar sin misericordia

3.3 Rehacer lo deficiente

3.4 Emplear el oído como juez

De la teoría a la práctica

Redacte en su totalidad el cuerpo del ensayo para el cual hizo la organización de ideas en el capítulo 5. Siga los puntos como los tenía. Revise el trabajo.

La conclusión

Aunque el cuerpo del ensayo esté bien escrito, el lector sentirá la sensación de quedar en el aire a menos que se le prepare una conclusión. El ensayo necesita terminarse con las ideas vinculadas en una conclusión bien hecha para que la última impresión que se le deja al lector no reste fuerza al cuerpo de la obra.

La conclusión tiene dos propósitos:

- Alcanzar la meta propuesta:
- Proporcionar al lector la sensación de que la obra está completa, que no ha quedado nada en el aire

¿Sobre qué bases se puede juzgar si es buena o no la conclusión? Una buena terminación tiene tres características:

- Realización del propósito indicado para el ensayo
- Brevedad
- Tono positivo

Puesto que la conclusión tiene la misión de conducir al lector a la meta que el autor se propone, tenemos que pensar en dicha meta al comenzar a redactar la conclusión. También hay que decidir cómo relacionar la conclusión con la proposición. Es aconsejable aludir a la proposición en el párrafo final.

Podemos utilizar varios métodos para presentar la conclusión. Uno

de los más comunes es hacer un resumen, o sumario, de los puntos principales. Para evitar la monotonía se puede parafrasear cada punto. El resumen es especialmente útil si el ensayo tiene fines didácticos.

El escritor no debe olvidar, sin embargo, que el ensayo se puede concluir de otras maneras amenas. Si el objetivo principal del ensayo es estimular al lector a ponerse en acción, se puede emplear una ilustración o anécdota apropiada que tenga un tono afectivo para conmover los sentimientos del lector.

Se puede concluir también con un poema, un pensamiento que recalque el tema o una interrogación.

Después de terminar la conclusión, podemos probarla con dos preguntas: ¿Alcanza la meta propuesta? ¿Da la sensación de que se ha terminado el tema? Dada la importancia que tiene la conclusión, vale la pena planearla bien y hacer todo lo posible para que sea el broche de oro del ensayo.

Bosquejo del capítulo

La conclusión del ensayo

1. Su importancia
2. Sus propósitos
3. Diferentes recursos
 - 3.1 Recapitulación
 - 3.2 Narración
 - 3.3 Poema
 - 3.4 Pensamiento
 - 3.5 Interrogación

De la teoría a la práctica

Redacte una conclusión para el cuerpo del ensayo que preparó para el capítulo 6.

Hacia un estilo dinámico

¿Cuáles son los dos problemas más grandes de un escritor? El primero es tener un tema que valga la pena, con un contenido interesante. El segundo es expresar ese contenido de manera vibrante: lograr un estilo dinámico. Puede considerarse que el contenido responde a la pregunta “¿qué se dice?” y que el estilo contesta a la pregunta “¿cómo se dice?”

Hasta ahora nos hemos dedicado al primer problema: el del contenido. Hemos considerado el tema general y la organización de las ideas que forman parte de la proposición. A partir de este capítulo analizaremos algunas formas de darle vigor al contenido. El buen escritor desea, naturalmente, expresar bien sus ideas. Procura descubrir la manera más eficaz para comunicar el tema. Se da cuenta de que algunas ideas maravillosas pierden brillo si se redactan con un estilo pobre. El escritor que desea comunicar por escrito el evangelio comprende que su tema es incomparable; pero no logrará el resultado deseado si lo presenta con un estilo muerto.

¿Cómo puede el escritor en cernerse a la tarea de desarrollar un estilo personal que sea eficaz? ¿Acaso se recibe como un don del cielo? ¿Será que algunos nacen con un buen estilo y los demás no tenemos esperanza? Se responde a las dos últimas preguntas con una negativa rotunda. Ningún futbolista

famoso nació siendo estrella ni se convirtió en campeón en su primer partido, sino que tuvo que someterse a la disciplina de un entrenamiento riguroso durante muchísimas horas. Llegó a la cumbre sólo a base de la perseverancia.

El buen escritor no puede desarrollar un buen estilo con menos esfuerzo. El adiestramiento demanda sacrificios. El escritor que no pase horas agotadoras forjando ideas, revisando y probando, no llegará a redactar con un estilo cautivador. El escritor dedicado cobra el valor necesario y busca lo que haya que buscar, porque desea comunicar sus ideas con un estilo enérgico. Estudia las recomendaciones que hacen las personas que dominan la materia y lee asiduamente buena literatura a fin de familiarizarse con el estilo de los grandes maestros. Paulatinamente, a veces sin darse cuenta, va progresando en el mejoramiento de su estilo.

Comencemos nuestro esfuerzo por fortalecer el estilo considerando cinco faltas comunes que cometen casi todos los principiantes: el uso excesivo de las construcciones con el verbo “haber”, las referencias a opiniones personales, el dirigirse al lector en forma directa, los abusos del gerundio y el empleo de palabras “fáciles”.

1. Evitar las construcciones con el verbo “haber”.

Aunque parezca inofensivo el empleo del verbo “haber”, uno descubre que si emplea una redacción deferente, se logra más dinamismo en el estilo. Pongamos un ejemplo: “Hay veinte miembros en la iglesia”. Esta frase carece de vida y color. Si la volvemos a redactar con el fin de eliminar la palabra “hay”, podremos decir: “Veinte miembros forman la iglesia”. Otro ejemplo ilustra una costumbre común: “Hay muchos pastores que dedican poco tiempo a la oración”. La misma idea se hace más directa y dinámica de esta manera: “Muchos pastores

dedican poco tiempo a la oración”.

Veamos un tercer ejemplo de una frase hueca en que se utiliza una forma del verbo impersonal “haber”: “Había pecado en su vida”. ¿Qué cambio se puede realizar en la oración para darle un poco de vitalidad? Digamos: “El pecado supuraba en el alma del hombre”. ¿Ve la diferencia? Con la eliminación de las expresiones que emplean alguna forma impersonal del verbo “haber”, nos vemos en la obligación de estructurar la frase de nuevo y nos resulta más vigorosa e interesante.

2. No llamar la atención con opiniones personales. Otro defecto que debemos evitar para mejorar el estilo es la costumbre de referirnos a nuestras opiniones. Esta forma de expresión mina la fuerza de la declaración. La frase “Cristo viene pronto” tiene más fuerza positiva que la frase “Creo que Cristo viene pronto”. Cualquier expresión que comienza con las etiquetas de “me parece”, “opino que”, “a mi parecer”, en ningún momento convencerá con la misma fuerza que lo haría sin ellas. El que las usa tal vez cree manifestar humildad, pero en realidad lo que hace es llamar la atención sobre sí mismo, sobre su propia manera de pensar. Si va a tratar una idea que no es tan obvia o que es muy discutida, de todas maneras el autor no tiene ninguna necesidad de decir: “En mi opinión, eso es así”. Ya se sabe que el autor presenta sus propias opiniones en un ensayo a menos que indique que son de otros.

Cierto es que muchos escriben de esa manera, pero precisamente lo que buscamos es forjar un estilo nuevo, original, sin seguir ciegamente a los demás. El que desee convencerse por sí mismo debe hacer la prueba leyendo en voz alta la oración que ha redactado con la frase “opino que”, y leyéndola otra vez sin ella. Debe preguntarse cuál de las dos formas se oye con más vigor.

3. Eliminar referencias directas al lector. Un tercer estorbo para lograr un estilo dinámico es la costumbre anticuada de dirigirse al lector. Por ejemplo: “Querido lector, piense en esta verdad”. La literatura contemporánea lo evita. Las revistas serias, los periódicos y los libros modernos no lo emplean. Es un recurso en desuso. El autor de hoy escribe consciente de que si hace bien su trabajo, el lector meditará en lo que lee. No son necesarias estas expresiones que debilitan el estilo.

4. Evitar el uso excesivo del gerundio. Son muchos los problemas que surgen con el abuso del gerundio. Algunas malas traducciones del francés y del inglés contribuyen a este vicio del idioma. Como primera medida, podemos recomendar que se eliminen por completo las construcciones de “estar” junto con el gerundio de otro verbo. Por ejemplo: “Está teniendo dificultades con la suegra”. Mucho más castizo y más vigoroso es decir: “Tiene problemas con la suegra”. Otro problema se ve en este ejemplo: “Llevó el libro conteniendo muchas poesías”. Se debe decir: “Llevó el libro que contenía muchas poesías”. Son tantas las dificultades que origina el gerundio que el escritor hará bien en evitarlo todas las veces que pueda.

5. Eliminar el uso de palabras fáciles. La última debilidad de estilo que mencionaremos por ahora es el uso excesivo de palabras demasiado comunes. Los verbos “ser”, “estar”, “encontrarse”, “tener”, “decir” y “hacer” van al frente del grupo. Cada vez que sea posible debemos reemplazarlos con verbos más expresivos. Otras palabras fáciles que llegan a ser imprecisas son “cosa”, “algo”, “esto”, “todo”. Tenemos que desarraigar tales vocablos de nuestra prosa para poner en su lugar los que impartan color y elegancia.

Nadie va a discutir que hace falta trabajar duro y tener mucha paciencia para mejorar el estilo. Se incluye en el proceso

la necesidad de dejar de ser sensible a la crítica ajena. Pero los resultados lo recompensan. ¡Cuántas personas se pueden alcanzar con un ministerio dinámico a través de la palabra impresa!

Bosquejo del capítulo

La expresión escrita con dinamita

1. Una definición del vocablo “estilo”
2. La importancia del estilo
3. Cómo darle vigor al estilo
 - 3.1 Resultado de esfuerzos propios
 - 3.2 Consejos específicos
 - 3.2.1 Evitar el verbo impersonal “haber”
 - 3.2.2 Dejar de decir “creo que”
 - 3.2.3 No emplear la frase “querido lector”
 - 3.2.4 Evitar el gerundio en la mayoría de los casos
 - 3.2.5 Buscar palabras de vigor para reemplazar las gastadas

De la teoría a la práctica

Redacte otra vez las oraciones siguientes de manera que el estilo sea más dinámico:

1. Hay tres hábitos que se deben vencer para lograr un estilo más eficaz.
2. Hay una historia acerca de un estudiante que ignoraba todo lo concerniente a Habacuc.
3. Me parece a mí que la gente de hoy no está preparada para enfrentar un desastre.
4. Creo que todos los seguidores de Cristo debemos orar más.
5. Le ruego, querido lector, que preste atención a lo que ha leído.

6. Había algunos estudiantes en la clase que prometían mucho.
7. Hay mucho que hacer en la obra de Señor.
8. A mi manera de pensar, debemos tener más cuidado para mejorar las relaciones con nuestros superiores.
9. Tú que lees estas palabras, debes decidirte ahora mismo.
10. Habrá tres cultos el domingo próximo.
11. Está progresando Felipe en la redacción de su ensayo sobre los tiempos de Habacuc.
12. Llevó una caja conteniendo sus efectos personales.
13. Esa cosa es algo fácil.
14. Ellos estaban experimentando grandes problemas.
15. Los pobres siguen siendo azotados por los vientos.

La introducción

Algunos dueños de empresas comerciales invierten mucho más dinero en la fachada de sus establecimientos que en el resto del edificio. Desean que la fachada despierte en el público el deseo de entrar en el edificio.

Al igual que el empresario, el escritor tiene que poner mucha atención en las primeras impresiones. La introducción de una obra escrita es más importante que la de un sermón porque no se puede contar con la misma cortesía que recibe un predicador. Pocos de los oyentes se levantan para irse si no les ha llamado la atención la introducción de un mensaje; pero el lector tiene la libertad de fugarse cuando pierde el interés. Con raras excepciones, nadie lee por pura cortesía con el autor.

No nos queda otra alternativa, por lo tanto, que enfrentar el hecho innegable de que la introducción gana o pierde al lector. No tenemos asegurada la atención del lector. Si deseamos que se lea nuestro mensaje, tenemos que encontrar la manera de cautivar la atención del lector en el principio, ya que no tiene ninguna obligación de leer lo que hemos escrito.

Examinemos las características de una buena introducción.

1. **Capta la atención.** Tenemos que cerciorarnos de que apele

al gusto del lector, que concuerde con su cultura y que esté a su nivel intelectual.

2. **Anuncia el tema.** Una buena introducción aclarará lo que se va a tratar en el ensayo. El lector no debe tener dudas con respecto al tema del artículo; la introducción se lo hará saber.

3. **Es concisa.** Una buena introducción ha de ser breve. Procura conseguir el interés del lector, informarle sobre el contenido y conducirlo al cuerpo del ensayo. No tiene que dar explicaciones complicadas. La introducción de un ensayo, en la mayoría de los casos, no debe extenderse más de un párrafo.

4. **Es congruente con el cuerpo del ensayo.** Una buena introducción no promete más de lo que puede dar el ensayo. Se puede elaborar una introducción brillante que da la impresión de que el ensayo va a ganar un premio; pero más vale presentar una introducción que esté en armonía con el estilo y el nivel del cuerpo del ensayo.

¿Cómo podrá un escritor sin experiencia crear una buena introducción? Ante todo debe pensar en el lector. ¿Qué le puede interesar? ¿En qué piensa en sus momentos de ocio? ¿Qué le preocupa? ¿Qué ideas le agradan? Se escribe lo que le va a gustar, de tal manera que esté dispuesto a dejar otras cosas para leer lo que se quiere comunicar. El lector lee voluntariamente, nunca a la fuerza.

Es aconsejable redactar las introducciones valiéndose de diferentes recursos como algunos que se ofrecen a continuación:

- Una afirmación general que interese al lector y que se relacione con el tema del ensayo. Con cada frase que sigue, se va llegando a asuntos más específicos hasta concluir con la proposición del ensayo.

- Una narración. Se pueden emplear muchas narraciones, como por ejemplo: anécdota, parábola, fábula, leyenda, suceso, cuento. Se indica después lo que tiene que ver lo narrado con la proposición y luego se procede al punto que declara la proposición del ensayo.
- Un diálogo que tiene que ver con la proposición. Luego se llega al punto de la proposición del ensayo.
- Una declaración fuera de lo común para sorprender al lector. Despierta nuestro interés lo que se opone a nuestras ideas. Por supuesto, debemos tener cuidado con esta forma de comenzar. Si se emplea con frecuencia, pierde su fuerza. Existe también el peligro de que el lector reaccione en forma negativa y decida no seguir leyendo.

Una manera de introducir un escrito que tiene *mucho en su contra* es comenzar con un texto bíblico. Algunos se van a sorprender y a ruborizar con esta declaración; es más, tendrán grandes deseos de refutarla. Deben recordar que el lector que está familiarizado con la Biblia piensa inconscientemente que ya sabe ese texto y ¿para qué va a seguir leyendo? El que no conoce la Biblia piensa inconscientemente que eso se puede dejar para otro día. Por algo no conoce la Biblia.

No digo que siempre se omita todo texto bíblico en un ensayo, sino que se dejen los pasajes de las Escrituras para presentarlos en el cuerpo del ensayo después de asegurar el interés del lector.

Una vez escrita la introducción, es de suma importancia que volvamos a leerla con cuidado. Tenemos que preguntarnos si va a cautivar el interés del lector voluntario. Decidamos si tiene las otras características necesarias para que sea eficaz. A lo mejor

vamos a tener que cambiarla. No sería raro que tuviéramos que volver a redactarla en su totalidad.

Si nuestra vida dependiera de que el lector se interesara en leer un artículo nuestro, ¿cómo lo comenzaríamos?

Bosquejo del capítulo

La introducción

1. Su importancia
2. Características
 - 2.1 Cautiva el interés del lector
 - 2.2 Presenta el tema
 - 2.3 Es breve
 - 2.4 Concuerda con el estilo y tema del ensayo
3. Cómo crearla
 - 3.1 Considerar lo que le interesa al lector
 - 3.2 Técnicas
 - 3.2.1 Una declaración general para llegar a lo específico del tema
 - 3.2.2 Un anécdota o una ilustración
 - 3.2.3 Un diálogo
 - 3.2.4 Una declaración contraria a lo que cree el lector
 - 3.3 No comenzar con un texto de la Biblia

De la teoría a la práctica

1. Escriba tres introducciones para tres ensayos que presenten algún tema bajo consideración en cualquier otra materia que usted estudia actualmente. Indique para qué clase de lector usted escribe, para tener una base al evaluar el trabajo.
2. Prepare una introducción para el cuerpo del ensayo que escribió en el capítulo 6.

3. Los estudiantes podrían analizar en clase la introducción de algunos artículos de revistas populares. Después deben considerar la introducción de artículos de revistas religiosas. Que hagan la evaluación de acuerdo con las características dadas en este capítulo, y que aporten ideas para mejorar las introducciones consideradas.
4. Que los estudiantes analicen algunas introducciones escogidas por el profesor de entre las tareas realizadas por los alumnos.

El párrafo

Algunos tienen dificultades para decidir en qué lugar se debe poner un punto y aparte para terminar un párrafo. Se puede definir el párrafo como una pequeña sección o división que trata una idea en particular y que termina en punto y aparte. Desde otro punto de vista, un párrafo es un ensayo en miniatura, en el cual se desarrolla un subpunto de un tema mayor. El párrafo, en fin, abarca el desarrollo de un pensamiento, formando así una unidad completa.

El propósito principal de formar párrafos con punto y aparte es informar al lector cuándo el autor pasa de un punto a otro. Sería difícil leer un escrito de muchas páginas que no tuviera ningún punto y aparte. ¡Qué problema para seguir el progreso de las ideas!

El lector no es el único que se beneficia con las divisiones de párrafos. El escritor también saca provecho. El párrafo sirve para enfocar la atención y el esfuerzo en una sola idea que se desea desarrollar. De esta manera no es necesario preocuparse por todos los puntos al mismo tiempo.

¿De qué se compone un párrafo? Por regla general, un párrafo se compone de tres partes: una oración introductoria, un cuerpo de varias oraciones y una oración concluyente. De la misma manera en que una buena introducción presenta el tema de

todo un ensayo, la primera oración del párrafo bien organizado anuncia el pensamiento que se ha de desarrollar en toda la unidad. Si todos los párrafos se estructuran así, el lector tiene la ventaja de poder dar un vistazo a toda una página, leyendo solamente la frase inicial de cada párrafo. En esta forma, logra un resumen de todo el capítulo en muy poco tiempo. Tomando esta idea, podemos probar la estructuración de los párrafos de cualquier prosa leyendo la primera oración a ver si podemos formar una síntesis mental de la obra. Si la logramos, podemos decir que la estructura de las oraciones iniciales está bien realizada; pero si al limitarnos a leer las oraciones iniciales no entendemos el progreso del ensayo, podemos tener la seguridad de que están mal estructurados los párrafos.

Después de la oración inicial del párrafo, sigue un grupo de períodos que explican, ilustran, analizan o aclaran el tema de la primera frase. A veces la redacción de esta parte del párrafo hace al escritor principiante desesperarse; pero si trata de formarse un cuadro mental de la idea de la oración inicial, le será más fácil. Al ver mentalmente el cuadro, puede describir lo que percibe. Por ejemplo, si el párrafo trata sobre la sinceridad, el escritor debe procurar visualizar lo que hace uno que es sincero. ¿Cómo actúa? ¿Cuáles son los resultados de su sinceridad? Para saber si las oraciones subsiguientes de la inicial están bien estructuradas y cumplen con su propósito de desarrollar la idea central, lo único que tenemos que hacer es preguntarnos si el tema de la frase introductoria queda explicado, aclarado y ampliado con el cuerpo del párrafo.

La última parte del párrafo es la oración concluyente. Se recomienda que, de ser posible, esta frase resuma todo el párrafo para recalcar el punto en la mente del lector. Esta última oración

con frecuencia ofrece un resumen o una conclusión lógica de toda la explicación o descripción que presentaron las frases del cuerpo del párrafo. Se puede comparar esta oración con la conclusión de un ensayo. Si se escribe bien, sirve inmensamente para aclarar lo que se trató en el párrafo, además de dar la sensación de que ya se terminó con el asunto y se puede pasar a considerar otro.

¿Cuáles son las características de un párrafo bien organizado? Puesto que es una unidad de períodos, o frases, que desarrolla un solo punto, *tiene coherencia*. Se nota la relación de las frases entre sí. Se ve el *progreso lógico* del desarrollo del tema del párrafo. Todos los períodos manifiestan *el mismo tono* o espíritu. Si una parte es humorística, también lo son las demás. Si una parte exhorta, todo el párrafo tiene el mismo tono exhortatorio.

Por lo tanto, podemos decir que un buen párrafo desarrolla un solo punto, que todas las frases están relacionadas entre sí y que manifiesta unidad. El párrafo bien estructurado se puede desmembrar del ensayo y sigue inteligible, como si fuera un módulo independiente de una astronave.

Algunos periodistas contemporáneos adoptan un formato con el cual terminan casi cada oración con un punto y aparte. A eso de ninguna manera se le puede llamar párrafo. No pasa la prueba de ser una unidad independiente.

Los estudiantes preguntan con frecuencia cuán largo debe ser un párrafo. Eso depende de la cantidad de detalles que hagan falta para aclarar el punto. Si el escritor sabe que el lector ha tenido poca experiencia con la idea, y si ésta es de importancia, la explicará con más detalles. Si no tiene tanta importancia el punto, o si es más conocido por el lector, el párrafo será más breve.

Otro factor a considerar en la determinación del tamaño

de un párrafo es la necesidad de proporcionar variedad. Rara y aburrida es la prosa en la cual todos los párrafos son de la misma extensión. Para que se proyecte un sentido de naturalidad, tenemos que hacer algunos párrafos largos, otros medianos y otros cortos. Así hablamos. Explicamos con lujo de detalles algunos puntos, pero tratamos superficialmente otros. En la prosa moderna no se emplean los párrafos muy extensos y complejos porque dan la impresión de pomposidad y pedantería. El tamaño del párrafo se ha de determinar, en definitiva, según las circunstancias del lector, el estilo del autor y las características del tema.

Vale la pena revisar lo que se ha escrito para examinar la estructuración de cada párrafo. Es necesario observar si la oración inicial anuncia el tema del párrafo, si las oraciones del cuerpo desarrollan ese punto, si la frase final lo concluye, aclarando, resumiendo y dejando la impresión de que se ha dicho todo lo que se deseaba. Se debe examinar también para tener la seguridad de que hay unidad, coherencia y variedad. Con un poco de práctica, y siguiendo estas sugerencias, uno puede adiestrarse en la estructuración de un párrafo.

BOSQUEJO DEL CAPÍTULO

El trozo completo de un escritor

1. Descripción
2. Propósitos
 - 2.1 Indicar al lector un cambio de pensamiento
 - 2.2 Ayudar al escritor a concentrarse en una sola idea
3. Componentes
 - 3.1 La oración introductoria que da el tema
 - 3.2 Los elementos que desarrollan el tema
 - 3.3 La oración final que concluye

4. Características de un párrafo bien organizado
 - 4.1 Un solo punto
 - 4.2 Unidad
 - 4.3 Coherencia
5. Tamaño
 - 5.1 No hay regla fija.
 - 5.2 Debe haber variedad.
 - 5.3 Los párrafos largos y complejos han caído en desuso

De la teoría a la práctica

1. Escriba un párrafo que describa la corte del rey de Jerusalén en los tiempos de Habacuc.
2. Escriba un párrafo sobre el tema: “La necesidad de la organización de la obra evangélica nacional”.
3. Escriba un párrafo sobre la nueva generación. No emplee las frases “creo que” ni “en mi opinión”.
4. Escriba un ensayo completo con introducción, cuerpo y conclusión sobre: “Los puntos débiles de la organización eclesial de mi denominación”.

La oración gramatical

Según Luis Sánchez López, una oración es “la menor unidad del habla con sentido completo”. Se compone de dos partes principales: el sujeto y el predicado. La mayoría de las personas jamás se fijan en el problema de la oración gramatical. Pero el escritor sí tiene que preocuparse bastante con ella y estar seguro de que exprese una idea completa con sujeto y predicado. Aunque a veces la vea como un obstáculo en su intento de comunicarse, no puede escribir sin tomarla en cuenta. Es mejor que la vea como una compañera dispuesta a servirle con fidelidad.

El escritor novel no necesita ser un experto en gramática para mejorar la construcción de sus oraciones. Es asombroso lo que puede lograrse mediante el oído. Si uno lee en voz alta un párrafo que ha redactado, puede juzgar por la manera en que le suena al oído si está correctamente escrito. La lectura ha de fluir sin estorbo. Cada frase debe contribuir a ese ritmo y fluidez natural; de lo contrario, hay que analizar la estructura de las oraciones que forman el párrafo.

Surge siempre la pregunta: ¿Qué medida debe tener una oración? La respuesta depende del nivel intelectual del lector y del estilo del autor. Los tradicionalistas insisten en que el punto y seguido hace estragos con la elegancia del idioma de Cervantes. Muchos escritores, sin embargo, deseando comunicarse con las

masas, se valen mucho del punto y seguido. Saben que al que lee lentamente le es más fácil comprender las ideas si las recibe en unidades pequeñas. Se dan cuenta también de que el lector moderno siempre está de prisa. No tiene paciencia para seguir un hilo que se estira por innumerables frases sin llegar al punto y seguido. Cuando lo alcanza, al fin, se ha olvidado de la idea con que comenzó la oración y abandona la lectura de esa obra para hacer alguna otra tarea menos agotadora. Otros asuntos que competían por obtener su atención fácilmente vencieron esa oración larga y compleja.

Analicé el estilo de una buena revista popular de Chile, y conté las palabras de cada oración gramatical, o sea, las que indicaba cada punto y seguido. La tendencia en los dos artículos analizados se inclinaba hacia el período corto.

Al leer cuatro artículos de una prestigiosa revista mexicana, he descubierto que el promedio de palabras entre punto y punto estriba entre veinticinco y veintiséis. Con frecuencia se ven oraciones de menos de veinte palabras.

Esto quiere decir que el escritor que no desea vestir sus obras con la ropa del siglo pasado no debe redactar oraciones de diez renglones. Tiene que ponerse al día con el uso más frecuente del punto y seguido.

Otro extremo es fraccionar las ideas con oraciones tan breves que se pierde toda elegancia. Así se deja una impresión de algo escrito para el primer año de la escuela primaria.

El tamaño de la frase, sin embargo, no sólo depende del nivel intelectual del lector, sino también de la necesidad de lograr variedad. Si todas son del mismo tamaño, la lectura se hace deplorablemente monótona. Da una sensación de artificialidad

debido a que no acostumbramos emplear oraciones de tamaño parejo en nuestras conversaciones. Usamos invariablemente algunas frases largas entre otras cortas, y muchas de tamaño mediano. Con la variación se logra una fluidez natural.

¿Cómo podemos variar el tamaño de las oraciones? Este problema se soluciona con más facilidad que otros de la redacción. El escritor primeramente da un vistazo a un párrafo completo para cerciorarse de que haya oraciones largas, medianas y cortas. Si encuentra varias del mismo tamaño que siguen una a la otra, a la fuerza provoca una solución, cambiando la redacción de las que tengan menos naturalidad. Si la dificultad es un exceso de períodos largos, no se presenta problema alguno para dividirlos en dos o tres. O tal vez es mejor componer una frase breve adicional para intercalarla entre dos de las largas. Así se logra la variedad y la fluidez deseadas.

Remediar el problema del exceso de oraciones cortas es más difícil. Hay que añadir detalles al sujeto, al predicado, o a ambos, para alargar la oración. Hay dos formas de añadir detalles al sujeto o al predicado: agregar frases o intercalar frases.

Veamos primeramente la añadidura de frases. Se pueden colocar lo mismo antes que después del elemento a que corresponden. Para ilustrar cómo se hace, empecemos con la oración sencilla “Oró el pastor”. Podemos agregar detalles referentes al sujeto, al predicado o a los dos. Para ampliar la idea del predicado nos expresaríamos de la siguiente manera: “Oró el pastor, derramando su alma ante el Eterno”. Si decidimos aumentar el sujeto, le podemos poner adjetivos así: “Desesperado y solitario, oró el pastor”. Cabe, dentro de lo posible, combinar las dos partes ampliadas con el resultado siguiente: “Desesperado y solitario, oró el pastor, derramando su alma ante el Eterno”.

Otra manera de extender una oración es colocar los nuevos elementos en medio de la frase, interrumpiendo así el pensamiento. Se intercala un inciso. Volvamos al mismo ejemplo de la oración “Oró el pastor”. Intercalando un inciso tenemos: “Oró, aunque todo estaba en su contra, el pastor.”

Algunos dicen que no pueden extender sus pensamientos; alegan que no tienen imaginación alguna. Pero se engañan los tales sencillamente porque el que tiene la capacidad de escribir tiene también el potencial de pensar en más detalles. Para probar que es así, uno puede preguntarle a alguien en qué piensa cuando se menciona la palabra “playa”. Se sigue preguntando qué ideas se le presentan al pronunciar la palabra “diácono”. Luego se hace la prueba con la palabra “examen”. Después uno mismo se hace el que responde y dice palabras que la pasan por la mente cuando el compañero pronuncia una palabra. No es difícil pensar en detalles relacionados con una palabra. A veces son manantiales de ideas que irrumpen. De la misma manera, el escritor puede traer a la mente detalles correspondientes a los elementos clave de una oración cualquiera para enriquecerla.

No tenemos que preocuparnos por el orden en que se han de colocar los diferentes tamaños de oraciones. Es decir, no existe ninguna fórmula que exija que la primera oración de un párrafo sea larga y la siguiente sea breve o viceversa. Las diferentes combinaciones posibles son innumerables. Lo que sí importa mucho es que todo fluya con naturalidad.

Otra factor que entrará para determinar el tamaño de la oración es el sentido que el autor pretenda proyectar. La oración breve imparte en sentido de énfasis. Llama la atención al lector como si se le dijera que vale la pena meditar en lo que acaba de leer. Una oración extensa, en cambio, proyecta una sensación de

profundidad. El escritor, por supuesto, vuelve a leer sus oraciones para estar seguro de que el tamaño de cada una sea lo que de veras cumpla sus fines. Dicho sea de paso, ese esfuerzo de leer y releer, de cambiar y revisar, siempre sirve para mejorar la calidad total de la prosa. Cuanto más se revisa y se trabaja, tanto mejor será la calidad.

Gran parte del éxito de un autor depende de su destreza para componer las frases individuales. Conviene analizarlas una y otra vez.

BOSQUEJO DEL CAPÍTULO

El conjunto de palabras que expresan un concepto

1. Análisis por medio de la lectura en voz alta.
2. El tamaño
 - 2.1 Breve para lectores de poco nivel
 - 2.2 Variado
 - 2.3 Cómo abreviar una oración
 - 2.4 Cómo alargar una oración
 - 2.5 El sentido que da el tamaño

DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA

1. Haga más breves las siguientes oraciones entresacando solamente un sujeto y predicado, sin detalle alguno:
 - 1.1 El grupo grande de estudiantes entusiasmados, cansados de tanto estudio para el examen final, decidió unánimemente dar una serenata a sus profesores dormidos.
 - 1.2 La viuda escuálida se levantó, frustrada, pensando que cada hombre que pasaba tenía la intención de hacerle daño.

- 1.3 Embriagado, el pordiosero no escuchó los bocinazos y frenazos, y procedió a atravesar, tambaleando, la congestionada calle.
- 1.4 Salió corriendo del zoológico la niña Alicia, dando gritos histéricos, pidiendo que alguien la socorriera de la víbora amenazadora.
- 1.5 Ya no resistía los alimentos sin sazón, preparados por la distraída cocinera de su anfitrión.
2. Extienda las oraciones siguientes de dos maneras diferentes cada una:
 - 2.1 Juan predicó.
 - 2.2 El campesino le habló al perro.
 - 2.3 Lloró María.
 - 2.4 Le tiene odio al pecado.
 - 2.5 Tiene hambre el bebé.
 - 2.6 Cristo llamó a sus discípulos.
 - 2.7 Cantó la congregación.
 - 2.8 Lee la mujer su Biblia.
 - 2.9 Iré.
3. Escriba un ensayo completo sobre el tema: “El potencial del ministerio de un escritor”.

Más esfuerzos para vivificar el estilo

La competencia por conseguir la atención del público latinoamericano ocasiona muchas víctimas. Una de ellas es la lectura. Rodeada por las presiones, las frustraciones y la televisión, la gente pierde interés en la lectura. Tenemos que renovar la lucha, por lo tanto, para desarrollar un estilo tan cautivador que al más indiferente le llame la atención lo que le deseamos comunicar a través de la palabra impresa.

Todo escritor puede mejorar su estilo. En el capítulo 8 se presentan algunas maneras de hacerlo. Aquí se consideran cuatro: evitar la voz pasiva, preferir los verbos sobre los adjetivos, emplear términos concretos siempre que sea posible y mantener armonía en la sintaxis.

1. **Evitar la voz pasiva.** La voz pasiva se forma con el verbo “ser” seguido por el participio pasivo de un verbo activo. Produce con frecuencia un sentido de estancamiento y pesadez. El sujeto llega a ser el complemento directo: sufre la acción del verbo. Debemos hacer lo posible por evitar la voz pasiva porque imparte una idea psicológica de debilidad.

Algunos ejemplos aclaran la diferencia del punto de vista de las dos voces. Si se dice “Su salud fue amenazada por las ansiedades”, se siente pasividad en la construcción. Le falta color. Se nota con más fuerza si se dice: “Las ansiedades amenazaron su salud.”

Otra clase de voz pasiva se conoce por la “la pasiva refleja con se”, la forma reflexiva del verbo. Por ejemplo, se puede decir: “Se ejecutó la orden”. Aunque es cierto que suena mejor esta forma y que es mucho más común, de todas maneras la construcción tiene algo de incierto. No podemos saber la identidad del sujeto del verbo. No sabemos quién es el que cumplió la orden. A veces no tiene importancia, pero con frecuencia sirve como escape de culpabilidad. El niño dice que “se le rompió” el plato, sin tener que identificarse a sí mismo como el sujeto.

No deseo dejar la impresión de que se debe omitir totalmente el uso de la voz pasiva. En ciertos momentos es preferible para poder colocar el énfasis sobre el objeto, el cual recibe el efecto del verbo. Por ejemplo, la voz pasiva llama la atención a lo patético del caso al decir: “El Santo Hijo de Dios fue crucificado por pecadores romanos”. De todos modos, debemos procurar evitar la voz pasiva en la mayoría de los casos. Es mejor emplear una construcción con la voz activa. Si vemos que no da el matiz preciso, sabremos que la voz pasiva es la indicada.

2. Preferir los verbos. El que emplea muchos verbos y pocos adjetivos le da vigor a su estilo. El verbo expresa acción, lo cual imparte vitalidad. Para algunos se ve hermosa una prosa repleta de adjetivos, pero una rpueda puede servir para ver la diferencia.

Observemos el estilo de las parábolas de Cristo. Pasando por alto los adjetivos, se valió de verbos de acción. Por ejemplo:

“Un rey *quiso hacer* cuentas” A éste, como no *pudo pagar*, *ordenó* su señor *venderle*... El señor

de aquel siervo, movido a misericordia, le *soltó* y le *perdonó* la deuda...Pero *saliendo* aquel siervo *halló* uno de sus conserivos, que le *debía* cien denarios; y *asiendo* de él, le *ahogaba*...”

Muchos adjetivos entorpecen mientras que los verbos de acción vigorizan el estilo y captan la atención del lector. No por eso serán inútiles los adjetivos, pero sí se tienen que emplear con cuidado. Al revisar un pasaje, vale la pena notar cuántos adjetivos se pueden reemplazar con verbos. Por ejemplo, se puede decir: “Sus sermones tenían un espíritu profético”. Si se emplean más verbos, se puede convertir la afirmación en lo siguiente: “Predicó como Jeremías; libró su alma”.

3. Emplear términos concretos. Otra manera de vigorizar el estilo es emplear el mayor número de términos concretos que sea posible. Lo concreto apela a los sentidos porque representa objetos físicos que se pueden ver, palpar, medir. Es específico. Es lo opuesto a lo abstracto.

Hagamos una prueba. ¿Será abstracta o concreta la palabra “morada”? Al decirla, no se puede visualizar nada en particular, ni grande ni pequeño. Por consiguiente se sabe que la idea es abstracta. Ahora, ¿sucedo lo mismo con la palabra “choza”? No, ya que este símbolo se puede visualizar fácilmente porque es un término concreto.

¿Cómo podremos comunicar en términos concretos la idea del amor? Habrá que mostrar lo que sucede cuando el amor motiva algún hecho. Esas caricaturas que comienzan diciendo “Amor es...” hacen precisamente eso: traducen lo abstracto en algo concreto. El buen escritor busca la manera de expresar sus ideas en forma concreta. A veces lo puede

lograr dando un ejemplo negativo, y siempre concreto, de lo que quiere expresar. Si desea aclarar lo que es el amor, podrá mostrar algún resultado concreto de la falta del amor.

Tomemos el ejemplo de la declaración que dice que “estaba confuso el sermón”. ¿Se habla en términos abstractos o concretos? Para decirlo concretamente, podría exclamar: “¡Me perdí entre los veinte caminos del sermón!” Con esfuerzo uno puede ir poco a poco acostumbrándose a emplear un lenguaje concreto, lo cual redundará en un estilo más brioso.

4. Mantener armonía en la sintaxis. De los muchos problemas de la sintaxis, vamos a mencionar uno en que incurren a menudo los principiantes. No mantienen una uniformidad de la persona gramatical escogida para las formas del verbo. Un caso común es mezclar la forma de “ustedes” con la de “vosotros”. Por ejemplo, se destruye la uniformidad al decir: “Preparad el camino del Señor. Ustedes son como Isaías”. O todo debe ser con “vosotros” o todo con “ustedes”. Si escogemos la forma de “ustedes”, nos expresaríamos así: “Preparen el camino del Señor. Ustedes son como Isaías”.

Bosquejo del capítulo

Cuatro maneras de fortalecer el estilo

1. Evitar la voz pasiva
 - 1.1 Debilidades de la voz pasiva
 - 1.2 La voz pasiva refleja con “se”
 - 1.3 Ocasiones aceptables para emplear la voz pasiva
2. La preferencia por los verbos
 - 2.1 Dan un sentido de acción
 - 2.2 Imparten un sentido de vigor
 - 2.3 Mantienen más la atención

3. La preferencia por términos concretos
 - 3.1 Definición
 - 3.2 Motivos
 - 3.3 Ejemplos
4. Armonía en la sintaxis
 - 4.1 Mantener la misma persona gramatical en los verbos
 - 4.2 Ejemplos

De la teoría a la práctica

1. Redacte las construcciones siguientes para que sean más vigorosas:
 - 1.1 La enmienda fue hecha por los miembros descontentos.
 - 1.2 Los creyentes no son bien alimentados espiritualmente.
 - 1.3 El método inductivo de estudio no es seguido con frecuencia.
 - 1.4 Los hermanos no son bien orientados.
 - 1.5 Muchos libros deben ser escritos sobre ese tema.
2. Busque dar más vida a las oraciones que siguen:
 - 2.1 Su exposición extraordinaria es una inspiración maravillosa para sus atentos oyentes.
 - 2.2 Isaías es un excelente ejemplo de un hombre dedicado enteramente a su Divino Creador.
 - 2.3 El pastorado es una oportunidad excepcional para el desarrollo de obreros nuevos.
 - 2.4 Su salto desde el segundo piso era un intento vano de ganar fama nacional.
 - 2.5 Un buen escritor no debe tener revistas malas regadas por todas partes de su casa.

3. Reconstruya las ideas abstractas que siguen en un lenguaje concreto:
 - 3.1 El padre ama a los que ha procreado.
 - 3.2 Es un buen dirigente aun cuando los subordinados no lo quieren.
 - 3.3 Los creyentes deben estar fuertes en el Señor y en la potencia de su fortaleza.
 - 3.4 Cristo hizo la provisión por la propiciación de nuestra maldad.
 - 3.5 El pastor debe estar preocupado por los del mundo.
 - 3.6 El evangelista predicó con poder.
4. Dele uniformidad de persona gramatical a los ejemplos que se dan a continuación:
 - 4.1 ¿Has probado la vida que Cristo le quiere dar?
 - 4.2 Vuestro delegado asistirá a la reunión, si les parece.
 - 4.3 Os digo que si no se arrepienten, todos ustedes irán a la condenación.
 - 4.4 Vengan mañana para que veáis lo que los niños han hecho en sus clases.
 - 4.5 Hermana, usted ha sido muy fiel en el cumplimiento de tus deberes.

El título

¿Por qué debemos ocuparnos del título de una obra escrita si tantos otros problemas reclaman nuestra atención? ¿Qué papel desempeña el título? Junto con la introducción, el título tiene la tarea de motivar a un lector potencial para que lea lo que se escribió para su beneficio. Con frecuencia un lector pasa por alto un artículo o un libro porque el título es poco atractivo. Buenos artículos que estimulan a pensar y a meditar, y que podrían ejercer un impacto tremendo, pasan al olvido total debido a que no se captó la atención del lector. No se puede subestimar la importancia de un buen título.

Al hablar del título no nos referimos al tema de la obra. Los términos “título” y “tema” no son sinónimos, aunque el buen título incluirá la idea del tema. El título tiene como propósito llamar la atención, mientras que el tema expresa lo que se trata en la obra.

Si de verdad importa tanto el título, ¿por qué no lo tratamos al comienzo de esta materia? Porque no es el primer problema que el escritor se ve obligado a resolver. Uno puede terminar por completo su obra sin ponerle título.

Al llegar el momento de tomar la decisión sobre un título, el autor tiene que recordar cuáles son los elementos que se combinan para darle energía al título. La cualidad más obvia es la capacidad

de instar al lector a comenzar a leer la obra. Se da realce a esta característica si se le agrega el factor de la curiosidad. Por ejemplo, si una persona lee el título: “Tenga cuidado con Satanás”, dirá que sabe perfectamente que Satanás es tramposo, que echa fuego por la boca, y por lo tanto sería pérdida de tiempo leer tal artículo. Pero si el título dice: “Conocerás a un personaje elegante”, tal vez la curiosidad del lector lo motivará a investigar lo que expone el artículo.

Otros elementos que figuran en la redacción de un buen título son: la identificación del tema general de la obra, la afinidad con su espíritu y tono, el estar al mismo nivel de la obra, y la brevedad.

Para escribir un buen título que de veras cumpla con su misión, el escritor debe considerar más de una posibilidad. Al acercarse el momento de decidir, debe escribir todas las posibilidades en un papel. Luego puede cambiar una palabra o dos, invertir algunas palabras, combinar dos ideas de dos diferentes posibilidades. Puede pensar en aprovechar una controversia que ocupa la atención de muchos. Siempre cabe la posibilidad de probar la forma interrogativa, ya que los seres humanos tenemos la necesidad psicológica de contestar preguntas.

Para solucionar los problemas de un buen título, tenemos que invertir tiempo y energías mentales, pero vale la pena. El título es determinante en la aceptación de una obra por parte del público.

Casi todos los editores se reservan el derecho de cambiarle el título a los manuscritos que publican, y con frecuencia lo hacen. El escritor debe recordar que el personal de la casa editora tiene más experiencia y conoce las preferencias del público; pero a la vez, como autor, tiene derecho de que se le consulte al respecto antes de que se imprima la obra.

Bosquejo del capítulo

El título

1. Su importancia
2. La diferencia entre “título” y “tema”
3. El momento en que se debe tomar la decisión
4. Características de un buen título
 - 4.1 Insta a leer la obra
 - 4.2 Despierta la curiosidad
 - 4.3 Identifica el tema
 - 4.4 Concuerda con el tono de la obra
 - 4.5 Es breve
5. Consejos para crear un buen título
 - 5.1 Considerar varias posibilidades
 - 5.2 Valerse de una controversia
 - 5.3 Emplear un interrogante

De la teoría a la práctica

1. Analizar cinco títulos de artículos tomados de por lo menos dos revistas diferentes. Explique por qué son buenos o por qué no lo son. Presente sugerencias para mejorar los títulos.
2. Pensar en tres títulos posibles para el último ensayo que usted entregó al profesor. Diga cuál cree que es el mejor y por qué.

¿Y si no comprende el lector?

¿Qué elemento de la redacción será el más importante? Se podrían invertir muchas horas discutiendo la respuesta. Algunos presentarían razones elocuentes a favor de un elemento. Otros, con igual fervor, abogarían por uno diferente. Pero en definitiva, tiene que ganar la claridad, porque si el lector no comprende lo que lee, ¿qué valor tiene cualquier otro elemento? No ha habido comunicación, y se pierde todo.

Algunos pedantes siguen dando cabezazos contra la pared de la realidad insistiendo en escribir con lo que ellos llaman “profundidad”. Dicen que quieren elevar el nivel intelectual del lector. Debieran dejar de dar cabezazos un momento para contar todos los lectores que pierden. Con los resultados estarán más dispuestos a pensar en la necesidad imperiosa de escribir de tal manera que el lector promedio entienda.

Puesto que es indispensable que se entienda lo que se escribe, al autor no le queda más remedio que seguir diligentemente los métodos que le ayuden a hacer lúcidas sus comunicaciones. A continuación ofrecemos algunas sugerencias.

1. **No revisar en seguida.** Es de gran utilidad un período de espera después de escribir el borrador. Uno de los mejores consejos para lograr más lucidez es olvidarse del borrador por varios días antes de comenzar una revisión. El crear laboriosamente algo

con entusiasmo levanta barreras a un análisis objetivo de parte del mismo autor. La tendencia de cubrir las faltas de lo que nos pertenece no favorece la revisión inmediata. Pero el tiempo aplaca las llamas del orgullo, y el autor comienza a hallar la redacción turbia y las ideas nebulosas.

Cuando haya pasado el tiempo de espera, y uno esté listo para comenzar la revisión, será de beneficio leer en voz alta y con mucha lentitud las frases, siempre procurando descubrir las ideas nebulosas, las faltas de ilación y otras dificultades que pudieran obstaculizar la comprensión del lector. La paciencia en esta fase de la redacción será muy útil para lograr más claridad.

2. Evitar las oraciones complicadas. Otro recurso para lograr expresiones más comprensibles es evitar oraciones largas de estructura compleja. Al descubrir una de las tales, podemos dividirla, formando dos o tres frases independientes que resultarán más sencillas. No queremos decir que debemos hacer un uso exagerado del punto y seguido. Eso sería el otro extremo y daría por resultado una prosa monótona. Para adquirir un ritmo natural, una fluidez normal, necesitamos algunas oraciones largas. Pero si por una oración larga peligra la comprensión, sacrifiquémosla. ¿Qué se gana si el lector no comprende?

3. Emplear vocablos comprensibles. Una manera acertada para lograr la claridad es emplear un vocabulario que pueda comprender el lector. Por muy precisa que nos parezca una palabra, si algunos pudieran no entenderla, hay que cambiarla por otra.

La repetición de voces resta elegancia y, por lo tanto, se evita. Para lograr variedad hay que emplear de cuando en cuando una palabra más difícil, pero el contexto debe arrojar luz para revelar

el significado de tal palabra. Se debe escoger la palabra que proyecte con precisión el matiz deseado; pero la meta principal es asegurar la comprensión del lector.

El escoger fielmente vocablos bien conocidos no libra a un autor de la obligación y la necesidad de enriquecer su propio vocabulario. Para poder emplear la palabra precisa, que dé la idea y el sentimiento deseados, el escritor debe tener un almacén de vocablos a su disposición. Asimismo debe estudiar los vocablos nuevos a fin de entenderlos y usarlos en el momento oportuno.

4. **Usar correctamente los signos de puntuación.** El cumplimiento de las reglas convencionales de la puntuación ayudará al lector a mantener todo claro en la mente. Muchos libros de gramática ofrecen ejemplos de cómo el significado de un pasaje se cambia al variar la colocación de un punto, una coma o un signo de interrogación. Es necesario que el buen escritor sepa usar correctamente los signos de puntuación. El que tenga dificultades en este sentido debe consultar las reglas y realizar ejercicios hasta adiestrarse en la puntuación.

5. **Emplear ejemplos.** Para aclarar ideas nuevas o complejas no hay nada mejor que un ejemplo. Muchas veces el lector entiende todas las palabras de una oración, pero no capta la idea. Un ejemplo concreto puede aportar más claridad que mil palabras, porque con el ejemplo el lector puede visualizar el asunto. Una vez alcanzado un cuadro mental, puede exclamar en el sentido recto de la palabra: “¡Ya veo!”

6. **Evitar metáforas mixtas.** Una imagen compuesta de dos comparaciones diferentes puede empañar la idea expuesta. Este problema ha oscurecido los conceptos de más de un escritor. Los términos metafóricos que se emplean deben guardar relación

entre sí. Si el escritor compara una idea con dos situaciones o asuntos diferentes, hace perder esa relación común, y por consiguiente, no se logra la lucidez que debe dar una imagen.

Veamos un ejemplo de una metáfora mixta: “Tú que has puesto tu mano en el arado, no vuelvas la mirada hacia atrás; sigue a Cristo como fiel soldado”. Se compara al creyente con un labrador que ara y con un soldado que lucha. No hay relación directa entre el labrador y el soldado, lo cual da por resultado una imagen doble sin conexión alguna.

Veamos otro ejemplo: “Lléname, Señor, ven y refresca esta sed; Pan del cielo dame hasta no querer más”. Los términos metafóricos en este caso se refieren ambos al Señor, pero la imagen es confusa, ya que el pan no refresca la sed.

Otro ejemplo debe ayudar a comprender claramente el problema: “El pastor del redil necesita ponerse toda la armadura de Dios”. ¿Cuál es el problema de este último caso?

Una imagen sirve para aclarar un punto si la comparación es perfectamente natural; de lo contrario, el resultado es desconsolador. Una vez procuraba yo comparar el sermón bíblico con una escalera que lleva a la gente hacia el sol, o sea, hacia Dios. Es cierto que una predicación debe ayudar al oyente a acercarse a Dios, pero es muy raro pensar en una persona que subiera una escalera para acercarse al sol. Un amigo, a quien estaré eternamente agradecido, me hizo ver la falta de naturalidad en la imagen. Me sugirió un cambio que resolvió el problema. Dijo que sería mejor cambiar un árbol frutal por el sol, ya que muchas veces la gente se vale de una escalera para alcanzar una fruta madura. Entonces la imagen era más natural. La predicación sirve de escalera por la cual sube el oyente para alcanzar la fruta del árbol de las verdades divinas.

7. **Desarrollar un estilo conciso.** La concisión es amiga de la claridad. Por los mismos motivos que un ciclista que lucha para alcanzar al puntero en la carrera tiene que eliminar el exceso de peso, el escritor necesita eliminar todo vocablo innecesario para lograr un estilo libre que deje traspasar la luz. El exceso de palabras hace pesada la lectura y opaca la comprensión.

La costumbre de regar palabras como agua es el vicio de muchos autores. Escribir bien es emplear solamente las voces necesarias para comunicar la idea. Es evitar redundancias. A continuación se ofrece una breve lista de frases que pueden ilustrar lo común que es la redundancia entre nosotros:

debido al hecho de que
 una distancia de dos kilómetros
 volver para atrás
 el mundo moderno en la actualidad
 forma redonda
 regalar gratuitamente
 pocos en número
 volar por los aires
 no he olvidado desde entonces
 la verdad es
 antes era
 en el futuro será

El término “etcétera”, el cual se abrevia con frecuencia, es otro ejemplo de una verbosidad hueca. No añade absolutamente nada a la idea. No dice nada. Es exceso de equipaje.

Tengámosle miedo a la verbosidad. Se vitaliza el estilo y se aclara el pensamiento al “despalabrizar” un pasaje. ¡Bendita sea la concisión!

8. Suprimir las ambigüedades. Lo último que mencionaremos para lograr la claridad es la eliminación de las construcciones que se pueden entender de dos maneras. Técnicamente se conocen tales construcciones como “anfibologías”. Muchas veces se producen con el uso del relativo “que” y el posesivo “su”. Por ejemplo: “Está en Bogotá el escritor, hermano de mi pastor, que me ha ayudado tanto”. ¿Quién lo ha ayudado, el autor o el pastor? No se sabe leyendo la frase.

Un ejemplo de cómo el posesivo “su” puede producir una idea ambigua sería: “Cristo resucitó el primer día de la semana, y muchos santos aparecieron en Jerusalén después de su resurrección”. No sabemos si la palabra “su” se refiere a Cristo o a los santos.

Las anfibologías surgen con increíble frecuencia. Debemos tener sumo cuidado en la revisión de nuestros escritos para descubrirlas. Nosotros sí entendemos lo que queremos decir porque tenemos las ideas en la mente, pero el lector está limitado a las palabras que ve escritas en el papel.

Tenemos un mensaje que comunicar, pero ¿qué valor tendrá si el lector no lo entiende? Aumentamos el valor de nuestra comunicación al procurar la claridad.

Bosquejo del capítulo

La nitidez

1. Su indispensabilidad
 - 1.1 No hay comunicación sin ella
 - 1.2 Se pierde el interés del lector sin ella
2. Cómo lograrla
 - 2.1 Pasar un tiempo de espera antes de comenzar la revisión

2.2 Evitar oraciones largas

2.3 Emplear un vocabulario fácil

2.4 Seguir las reglas de puntuación

2.5 Valerse de ejemplos

2.6 Evitar imágenes que comparan la idea con más de una cosa

2.7 Evitar la palabrería

2.8 Evitar las construcciones ambiguas

DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA

1. Redacte un párrafo en el peor estilo posible, con mucha palabrería. Que sea nebulosa la idea del tema. Despliegue mucha pedantería.
2. Analice tres párrafos tomados de un artículo de una revista en cuanto a su claridad. Indique las redundancias e ideas confusas. Señale las oraciones demasiado largas y las imágenes mixtas.

La originalidad

¿Qué aporta un escritor al reino de Dios si escribe simplemente lo que ha sido ya expuesto por otro autor? No discutimos la importancia de lo que ha dicho otro, sino que recalcamos la futilidad de repetir los pensamientos ajenos. Es cuestión de decidir si uno va a ser secretario o escritor.

La originalidad es la cualidad de ser único; es la presentación de una idea en una forma que otro no haya empleado. Dios hace a cada persona diferente a todas las demás. Cada escritor es responsable por presentar el evangelio en su propio estilo. Si es un ser singular, lo que escribe debe ser singular. El mensaje ha de reflejar individualidad.

Ser original en la redacción es dar un salto de lo corriente a lo sorprendente. La naturaleza humana tiende a caer en la apatía al hallarse rodeada de lo ordinario. Lo que se observa cada día no llama la atención a nadie. A uno que lleva varios años, por ejemplo, viviendo en una calle muy transitada, no le llama la atención el bullicio estridente de los radios, el ruido de los vehículos ni el sonido de las sirenas. Duerme cada noche a pesar del ruido que golpea sus tímpanos.

Pero si va al campo a pasar algunos días, no duerme bien la primera noche. Muge un ternero, y el visitante de la ciudad se despierta en el acto. En la lejanía apenas se oye un animal nocturno llamando a su pareja, y se sobresalta en la cama el de

la zona urbana. ¿Qué sucede? Los nuevos sonidos lo perturban porque son algo distinto a lo acostumbrado. De la misma manera, la originalidad de un escritor capta la atención del lector.

No es difícil notar la importancia de la originalidad en la redacción; el problema es desarrollarla. Veamos algunas sugerencias para comenzar la tarea.

1. **Evitar las frases gastadas.** La frase común, a la cual algunos llaman cliché, es la frase trillada, la expresión gastada por el uso. Es un estupefaciente. Tengámosle temor porque duerme al lector. La frase que brillaba cuando se dijo por primera vez pierde su brillo al repetirse. A continuación ofrecemos algunos ejemplos de frases gastadas:

promesas preciosas
 la salvación de mi alma y el perdón de mis pecados
 despídenos de esta reunión pero no de tu presencia.
 ir al grano
 cabellos de oro
 dientes de perla
 derramar lágrimas
 redoblar sus esfuerzos
 prestar oído
 abrir el corazón
 mirada fría
 sordo rumor
 No llega al techo la oración
 Estoy contento de estar aquí

Sería de valor que cada escritor hiciera una lista de frases gastadas que ha leído durante una semana.

2. **No imitar el estilo de otro.** Tal vez uno sea admirador del estilo de algún autor, pero no saldrá de lo ordinario si procura

imitarlo. La manera que uno tiene para expresarse es la mejor. Hay que comunicar el mensaje en una forma natural. El estilo ha de reflejar la personalidad del escritor.

3. **Buscar nuevas formas.** El buen escritor siempre está alerta para captar nuevas ideas y nuevos métodos. De la misma manera en que uno va superando otras faltas, tiene que vencer la costumbre de decir lo mismo en la forma habitual. Hay que emplear nuevos enfoques, nuevos planteamientos. El problema tiene que motivar al escritor a preocuparse no sólo cuando está delante del escritorio, sino en el autobús, en la calle, en la cocina, en la ducha. Hay que leer asiduamente. Las ideas de otros escritores pueden halar el gatillo del mecanismo mental.

4. **Experimentar.** Se puede probar escribiendo desde otro punto de vista para desarrollar la originalidad. Se puede cambiar el orden habitual. Hay que inventar. Si el resultado no es bueno, no hay problema. El experimento despertará la mente y servirá de catalizador para concebir ideas diferentes y estilo nuevo. Una frase trillada, si se le da vuelta o se cambia una palabra, puede resultar en algo original. Se ganará mucho si se desarrolla un poco de temeridad en la presentación de una idea, aunque más tarde se modifique la redacción. Así saldrá el escritor de esa camisa de fuerza que lo mantiene rígido en un estilo muerto.

Una buena idea es escribir a un amigo de confianza para probar un estilo más revolucionario, más original. Ese amigo no va a ser un crítico destructivo. El empleo de nuevas formas, aunque sea en cartas, ayudará a infundir más valor para probar lo nuevo en la manera de expresarse.

5. **Observar los detalles.** Vale la pena ver las pequeñeces de las cuales nunca antes uno se había dado cuenta. Se debe procurar

descubrir en la puerta de la casa algo que no se había notado antes. Hay que crear un cuadro mental de alguna situación imaginaria con muchos pormenores. Se puede pensar en una telaraña en el techo, en un clavo torcido, en una mancha verdosa, en la mosca que pasea por la frente del muerto, en el olor a moho. Los detalles que otros pasan por alto vigorizarán el estilo y producirán la originalidad anhelada.

Bosquejo del capítulo

Lo propio del escritor

1. Su importancia
 - 1.1 Sin originalidad, el escritor es más bien un secretario
 - 1.2 Dios hizo diferente a cada persona
 - 1.3 Llama la atención
2. Su desarrollo
 - 2.1 Evitar los clichés
 - 2.2 Ser natural
 - 2.3 Descubrir nuevos enfoques
 - 2.4 Experimentar
 - 2.5 Fijarse en los pormenores que otros no ven

De la teoría a la práctica

1. Escoja un artículo de alguna revista religiosa. Prepare una lista de todas las frases trilladas que pueda encontrar en el artículo.
2. Piense en todos los pormenores posibles que pudieran haber sido parte de la escena del encuentro de Isaías con Acaz en Isaías 7. Escriba un ensayo basado en esta escena, aplicando las verdades a los creyentes de la actualidad. Evite las frases gastadas.

El enlace de ideas

Olfateando nerviosamente, un perro de presa persigue a su caza. Llega a un riachuelo y comienza a ladrar. Ha perdido la pista en el agua. Así también se frustra el lector al perder el hilo de un pasaje que lee. No tiene la más mínima idea de la relación de los nuevos pensamientos con lo que el autor había expuesto anteriormente. Lo que había comenzado como una experiencia agradable se convierte en irritante, y pierde la motivación para continuar la lectura. Si experimenta igual frustración dos o tres veces en el transcurso de un capítulo, probablemente dejará de leer la obra y se dedicará a otra cosa.

El autor que causó tal problema se descuidó en hilvanar o enlazar sus pensamientos. El veía la conexión entre las partes porque lo tenía todo en su mente, pero no tuvo en cuenta que para el lector era algo totalmente nuevo. Por eso siguió por otro camino sin dejar señal en la encrucijada para indicar por dónde iba. La mayoría de los escritores, sin proponérselo, dejan una pista al lector. Es necesario aprender cuáles son tales pistas para cerciorarse de que se haya dejado alguna indicación del rumbo tomado cada vez que se cambia la idea. Es la única manera de asegurarse de que no se pierda el lector.

Un escritor que tenía problemas con hilvanar sus ideas hablaba en un artículo acerca de que Habacuc era poeta. Luego dijo al comienzo del párrafo siguiente: “Los disturbios en aquella parte del

mundo hicieron que la gente pensara del futuro con temor”. ¿Están enlazadas estas dos ideas? ¿Qué tiene que ver el ser poeta con los disturbios en aquella parte del mundo? El lector no ve la relación. Falta un enlace, un elemento de transición para pasar de una idea a la otra. El escritor debió haber dicho que una naturaleza poética puede proporcionar una sensibilidad extraordinaria a las conmociones políticas. Por eso el poeta Habacuc sintió con angustia la zozobra de su época. Con este enlace, cualquier lector puede ver la lógica del cambio de la primera idea a la segunda.

No es difícil ver la necesidad de ayudar al lector a seguir el hilo del pensamiento; pero ¿qué recursos podemos emplear para señalar el rumbo que hemos tomado? Estos elementos se llaman transiciones o enlaces, y consisten de palabras o frases que anuncian un cambio de ideas relacionadas con lo que se acaba de expresar. Nos valemos de ellas para hilvanar dos oraciones dentro de un mismo párrafo, y para unir un párrafo al que le precede. A continuación ofrecemos algunos ejemplos de palabras o frases de transición:

claramente, pues
por lo tanto
aun así
además
sin embargo
en cambio
como consecuencia
entonces
es más
por otra parte
por consiguiente

En el caso de la frase “sin embargo”, se logra más elegancia si no se comienza la oración con ella, sino intercalándola a

mediados. Por ejemplo: “Habacuc era un hombre, sin embargo, que aprendió a confiar en Dios”.

Otro recurso de transición consiste en repetir la palabra misma, o por lo menos la idea, de la última oración de un párrafo en la oración inicial del párrafo que sigue. Si deseáramos, por ejemplo, enlazar la idea de que Habacuc era poeta con la de que había disturbios, podríamos decir para comenzar el nuevo párrafo: “La naturaleza poética de Habacuc lo sensibilizó a los disturbios de aquella parte del mundo.” El lector no se pierde porque ve la repetición de la idea de poeta en ambas oraciones: la última del primer párrafo y la inicial del siguiente.

El buen escritor no permite que su afán por el empleo de elementos de transición lo empuje a lo absurdo. Debe valerse de ellos con arte, sin que sea demasiado obvio. Debe evitar una repetición monótona de estos elementos. Las señales de tránsito cumplen su función sin insinuarle al conductor que se detenga un rato para contemplarlas. Una señal bien diseñada comunica en forma breve su mensaje importante, sin llamar la atención a su existencia. El elemento de transición ha de ser breve.

No es fácil hilvanar bien todas las ideas de un ensayo. Pero al lograrlo, resulta más brillante la obra y más eficaz el ministerio. Aun si tiene dificultades en el enlace de sus pensamientos, el que sabe lo poderosa y permanente que es una obra por escrito persistirá en su tarea. En vez de menos, escribirá más. No permitirá que pase un día sin redactar algo para adiestrarse en el arte de escribir.

BOSQUEJO DEL CAPÍTULO

Las transiciones

1. La importancia de su claridad
2. Ejemplos

3. El elemento de la repetición de una idea o de una palabra
4. El peligro de los extremismos

De la teoría a la práctica

1. En cada caso que se da a continuación, los dos períodos dan el tema de dos párrafos que siguen uno al otro. Redacte un párrafo completo con el primer tema y la frase inicial del segundo párrafo cuyo tema es el segundo período dado aquí. El objetivo de este ejercicio es ayudar al principiante a enlazar mejor dos párrafos.

Primera pareja:

- La confusión de Habacuc acerca de la manera de castigar a Israel
- El desprecio que siente Habacuc hacia los caldeos

Segunda pareja:

- La imposibilidad de alcanzar una forma perfecta de gobierno eclesiástico
- La posibilidad de la mayoría de tomar decisiones equivocadas

Tercera pareja:

- El valor del método sintético en el estudio
- La satisfacción recibida al considerar cada detalle de un pasaje

Cuarta pareja:

- La decisión de la madre de enseñar a su hija a cocinar
 - El disgusto de la madre al ver la pared salpicada de leche
2. Escriba tres párrafos sobre Isaías. En el segundo y tercero haga uso de dos clases de elementos de transición.

¿Cuán larga será la conclusión?

Este capítulo es aparentemente el más breve de todo el manual; pero será el más extenso porque usted añadirá páginas a medida que se esfuerza en el arte de la redacción.

Se han tratado los temas referentes a contenido, organización y estilo, y se han expuesto muchos de los problemas y obstáculos que encuentra el escritor en su afán por lograr la expresión adecuada. Aunque usted se haya sentido a veces frustrado al realizar los ejercicios, puede estar seguro de que ha avanzado en el arte de escribir.

¿Seguirá progresando de aquí en adelante? Todavía quedan montañas que escalar, múltiples técnicas y detalles que perfeccionar. El escritor en ciernes debe seguir en el camino escabroso de la autodisciplina, obligándose a escribir aunque sea un párrafo cada día.

Oscar Ospina G. define así a los escritores: "...héroes desvelados que le sirvieron al Autor del universo con la pluma. Reclinados sobre sus mesas de estudio, lucharon en un frente difícil".

Estamos de acuerdo. La mesa del escritor evangélico es un frente de batalla sumamente difícil, pero glorioso.

Bibliografía

- Ahumada, Juan Antonio. *El arte de escribir*. Córdoba: Editorial Assandri, 1957.
- Albalat, Antoine, *El arte de escribir y la formación del estilo*. Buenos Aires: Editorial Atlántida, S.A., 1944.
- Alonso, Martín. *Redacción, análisis y ortografía*. Madrid: Aguilar, 1966.
- Barcia, Roque. *Sinónimos castellanos*. Buenos Aires: Editorial Sopena, Argentina, S.A., 1961.
- Canclini, Arnoldo. *Escribe*. Buenos Aires: Ediciones Certeza, 1978
- Grates. *Diccionario de sinónimos castellanos*. Buenos Aires: Editorial Sopena Argentina, S.A., 1967.
- Hernández, Jiménez y otros. *Dos puntos*. México: Libros McGraw Hill de México, 1973.
- Martín Vivaldi, Gonzalo. *Curso de redacción*. Madrid: Paraninfo, 1967.
- Oropesa Martínez, Roberto. *Taller de redacción*. México: Editorial Esfinge, 1972.
- Payne, Lucille Vaughn. *The lively art of writing* (El arte vigoroso de escribir). Nueva York: Mentor Books, 1969.